

---

# Las fascinantes novelas del cineasta James Salter

---

*Gracias a “Años luz” y “Todo lo que hay”, sus últimas obras, se descubre a un excepcional narrador, que también es un desconocido guionista y director de cine.*

AUGUSTO M. TORRES

Descubro buenas novelas de forma variada. Desde la más convencional, editan, o reeditan, una de un escritor que me interesa, alguien de gusto similar me la recomienda, leo una crítica que la hace atractiva, la veo en una librería, me atrae su autor, su editorial, su título, su cubierta, su tacto, su olor, hasta la más personal, la casualidad. Pondré cuatro ejemplos.

En 1960 compré *Encerrados con un solo juguete* (1960), primera novela de Juan Marsé, por tres razones. Me habían gustado *Las afueras* (1958), de Luis Goytisolo, y *Nuevas amistades* (1959), de Juan García Hortelano, primeras ganadoras del recién nacido premio *Biblioteca Breve*, que ese año quedó desierto y del que era finalista. Me había hecho asiduo lector de la colección *Biblioteca Breve*, de la editorial

Seix-Barral, su catálogo era excelente. Aunque la razón principal quizá fuese que la cubierta era una estupenda fotografía de Oriol Maspons. Siempre interesado por el cine, entonces tenía unas veleidades fotográficas, que he perdido, y admiraba su trabajo. En abril de 2012, 52 años después, hice una entrevista a Marsé y me contó que la muchacha de la fotografía era una francesa, amiga de Oriol Maspons, de la que estaba enamorado, y la hizo en la casa de Calafell de Carlos e Ivonne Barral, en el cuarto de las niñas. Conservaba mi ejemplar perfecto, como todos los de mi biblioteca, me comentó que no tenía ninguno de esa primera edición, se lo regalé, me dio las gracias, lo fichó y lo colocó en su sitio en la biblioteca de su despacho, integrada en gran parte por ediciones de sus novelas en los más variados idiomas.

Durante los pocos años que la revista *Cuadernos para el Diálogo* fue semanal, los de la llamada Transición, fui asiduo colaborar e iba con frecuencia por la redacción. Un día, aburrido, no recuerdo qué esperaba, abrí un cajón, encontré un ejemplar de *Ada o el ardor* (*Ada or Ardor: a Family Chronicle*, 1969), de Vladimir Nabokov. Lo hojeé, leí algún párrafo, pregunté si podía llevármelo, no le concedieron importancia y me contestaron que sí. Llegué a mi casa, me senté en mi butaca de lectura, lo devoré en pocos días y quedé fascinado. Fue mi descubrimiento del gran escritor ruso, exiliado al inglés, del que solo había leído *Lolita* (1955) en la edición sudamericana prohibida, como tantas otras, que circuló por España a finales de esa década. A partir de ese momento leí toda su obra, pero nunca he releído *Lolita*.

A principios de los años noventa era lector de italiano para Alfaguara no por lo que pagaban sino para que no se oxidara mi italiano. En una de mis visitas a la editorial, hacía un informe a la semana, me dieron tres libros del químico, leí en la cubierta, para mí desconocido, Primo Levi, y por su apellido supuse que sería judío. Comencé *Se questo è un uomo* (*Si esto es un hombre*, 1956) y casi de un tirón leí este y los otros dos, *La tregua* (1963) y *Se non ora, cuando?* (*Si ahora no, ¿cuándo?*, 1982), sobre su experiencia en el campo de exterminio de Auschwitz y su largo regreso a su Turín natal. Eran excelentes, no comprendía cómo no estaban traducidos. Hice un informe recomendándolos sin

AUGUSTO M. TORRES

reservas, pero por esas cosas de las editoriales, hace tiempo que toda su obra, de la que me hice fiel seguidor, está traducida, ninguna en Alfaguara. Se repitió un proceso similar al de su edición original. En 1947 una pequeña editorial publicó *Se questo è un uomo*; tuvo una mínima repercusión, la tragedia de la II Guerra Mundial estaba cercana y la gente intentaba olvidar. En 1956 lo reedita Einaudi, desde entonces se suceden las ediciones y las traducciones, se convierte en un clásico y Primo Levi vuelve a escribir.

Por último, a principios de 2010 llegó por correo un ejemplar de *Quemar los días* (*Burning the Day*, 1997), de James Salter, que enviaba Salamandra. Durante los años que escribí con asiduidad en *El País* me mandaban múltiples libros, en especial en las etapas en que lo hacía sobre ellos, esa actividad terminó ocho años antes y dejaron de llegar. Tardé en leer el último libro que me enviaba una editorial, emparentada con la famosa argentina Emecé, para la que había trabajado como corrector, lo hojeé, vi que trataba de la II Guerra Mundial y la Guerra de Corea, nada me interesan las academias militares, la aviación y las guerras. Cuando al fin me sumé en sus páginas, no pude dejarlo y fue el comienzo de otra fascinación literaria. Resulta curioso que varios de los libros de James Salter estaban editados en castellano por El Aleph, pero pasan casi desapercibidos hasta que los reedita Salamandra en desiguales traducciones. ¿Por qué tantos traductores? A medida que los leía descubría que es un excepcional narrador y un desconocido cineasta en sus facetas de guionista y director.

## DE LA AVIACIÓN A LA LITERATURA Y EL CINE

Descendiente de emigrantes centroeuropeos, polacos, imagino que judíos, James A. Horowitz nace un caluroso 10 de junio de 1925 en Nueva York durante una tormenta. Hecho al que concede especial importancia como demuestra *Todo lo que hay* (*All That Is*, 2013), su sexta y última novela, donde describe con maestría una tormenta junto a un lago. Hijo único de un capitán graduado en la academia militar de West Point, que se arruina en 1929 durante la Gran Depresión, y vuel-

ve a hacerlo en 1957 cuando tiene 31 años. Su afición a leer comienza en 1930, a los cinco años, con los volúmenes de cuentos clásicos para niños *Mi librería*. A los 17 años, en 1942, en plena II Guerra Mundial, siguiendo los pasos de su padre, ingresa en West Point. Su interés por los libros de Antoine de Saint-Exupéry, *El aviador* (*L'aviateur*, 1926), *Vuelo nocturno* (*Vol de nuit*, 1931), *Piloto de guerra* (*Pilote de guerre*, 1939) e incluso *El Principito* (*Le Petit Prince*, 1943), y su admiración por sus hazañas como aviador en la Guerra de España, le llevan a ser piloto, pero la guerra finaliza antes de licenciarse.

Viaja por Hawai, Filipinas y en 1950 llega por primera vez a Europa. Entre 1950 y 1953 pilota aviones a reacción en la Guerra de Corea. Su experiencia y su interés por la aviación y la literatura le llevan a escribir *Pilotos de caza* (*The Hunters*, 1956). Debido a su evidente tono autobiográfico la firma como James Salter para evitar problemas con sus recordados compañeros y se convierte en el seudónimo por el que es conocido. Vende los derechos al cine y es origen de la producción *Entre dos pasiones* (*The Hunters*, 1958), de Dick Powell, con Robert Mitchum, Robert Wagner y Richard Egan, sobre guión de Wendell Mayes. Descontento con el resultado, es una más de las películas norteamericanas de la época sobre la Guerra de Corea, escribe *The Arm of Flesh* (1961), donde vuelve al tema de la guerra. Ambas novelas no acaban de satisfacerle y en 1996, 40 años después, cuando es un escritor consagrado, revisa *The Hunters* y vuelve a publicarla; y en 2000 hace lo mismo con *The Arm of Flesh*, que pasa a denominar *Cassandra*.

Picado por el gusanillo del cine dirige, entre varios documentales, el corto sobre fútbol americano *Team Team Team* (1959), con el más tarde olvidado guionista de televisión Lane Slate, y gana el León de Oro de la Mostra de Venecia. A principios de los sesenta este hecho y su amistad con el novelista, guionista y productor Irwin Shaw le conducen, por un lado, a abandonar la aviación con gran dolor de su corazón y, por otro, a vivir en Europa, entre París y Roma, y escribir guiones para cine. De los varios que escribe al menos dos se ruedan enseguida, ambos parten de novelas ajenas, los firma en solitario, en su año cine-

AUGUSTO M. TORRES

matográfico, y dan lugar a malas películas que gozan de distribución internacional, como casi todas las norteamericanas.

Primero se sitúa *El descenso de la muerte* (*The Downhill Racer*, 1969), opera prima de Michael Ritchie, realizador que quiere ser brillante, pero no tarda en demostrar que no lo es ni lo será. Está basada en una novela de Oakley Hall sobre las andanzas europeas de un ambicioso campeón de esquí norteamericano, encarnado por un joven Robert Redford, acompañado de Gene Hackman y Camilla Spar. En su momento se considera una interesante producción sobre esquí, pero hace tiempo que es una mala mezcla de transparencias, documental y ficción. Pueden encontrarse puntos de contacto entre ella y *El solitario* (*Solo Faces*, 1979), su tercera novela publicada, por tratar sobre otro deporte, el montañismo, y ser su protagonista otro solitario.

Luego aparece *Una cita* (*The Appointment*, 1969), una de los peores trabajos del interesante director Sidney Lumet por situarse en los antípodas de su cine. Parte de una novela de Antonio Leonviola, narra cómo un abogado, Omar Shariff, se casa con una modelo de doble vida, Anouk Aimeé, y las dudas y los celos la llevan al suicidio. Nada tiene que ver con los sólidos policíacos que hacen famoso a Lumet, se presenta en el Festival de Cannes y vuelve a tener distribución internacional.

Ese mismo año, 1969, James Salter escribe y dirige *Three*, su único largo, sobre el relato *Then We Were Three*, de Irwin Shaw, que en alguna medida también la produce. Encuentran financiación gracias a una bella y caprichosa Charlotte Rampling de 26 años, no muy conocida, que trabaja en especial en el cine italiano, está a punto de hacer un papel importante en *La caída de los dioses* (*La caduta degli dei*, 1969), de Luchino Visconti, y le faltan cinco años para hacerse famosa con *Portero de noche* (*Il portiere di notte*, 1974), de Liliana Cavani. Primero dice que quiere protagonizarla y se monta la producción inglesa, luego que no y su existencia se tambalea y termina rodándose con fotografía del brillante francés Etienne Becker. La versión que se estrena en Cannes dura 105 minutos, la que se estrena en el Reino Unido 95 minutos, en el resto del mundo apenas tiene distribución.

Durante los 10 últimos años de la dictadura del general Franco fui asiduo asistente al Festival de Cannes como única forma de estar al día en el terreno cinematográfico. En España estaba casi todo prohibido y todo cortado. En 1969 vi *Una cita*, que no me gustó, y *Three*, que nunca llegó a España y no he vuelto a ver. La recuerdo con agrado, en especial a una atractiva y joven Charlotte Rampling, a quien James Salter, sin nombrar, pone a caldo en su peculiar autobiografía *Quemar los días*. “Llevaba el pelo sucio”, escribe entre otras cosas, “y, según la encargada de vestuario, le olía la ropa. También llegaba tarde con frecuencia, nunca se disculpaba, tenía mal genio y era mezquina”.

Rebusco en mi amplia colección de *press-books*, algo hace tiempo sustituido por más modernos sistemas de publicidad, no más eficaces, ¿quién va a hallar dentro de 45 años algo de lo mucho que a diario llega por Internet?, y encuentro el de *Three*. Mis recuerdos no van mucho más allá de una atractiva *road movie*, cuando todavía no se llamaban así, rodada con habilidad entre el sur de Francia y Roma, donde dos norteamericanos, Bert (Robie Porter) y Taylor (Sam Waterston), persiguen a la inglesita de 22 años Martha Paul (Charlotte Rampling).

Pueden buscarse en ella las huellas de su cuarta novela, *Juego y distracción* (*A Sport and a Pastime*, 1967), cuyo irónico título está extraído de unos versos del Corán. Sin mucho que ver con las anteriores ni las posteriores, es la mejor y le da a conocer. Narra en breves y concisas frases una erótica historia de amor ambientada en Francia, la fascinación que una joven francesa causa en dos amigos norteamericanos desde el punto de vista del que los sigue de lejos. Tiene pocas páginas, está muy bien escrita, es sólida, resulta compleja de leer y hace que una vez terminada den ganas de, como hice yo, volver a empezar y devorarla con mayor agrado.

De su breve producción literaria, seis novelas en casi sesenta años, destacan las últimas, en alguna medida paralelas por su carga europea. *Años luz* (*Light Years*, 1975) cuenta con su peculiar y minucioso estilo la lenta e implacable destrucción de un matrimonio norteamericano con dos hijas durante largos años de viajar entre Estados Unidos y Europa y vivir en Francia. *Todo lo que hay* narra, a través de una

AUGUSTO M. TORRES

especie de álgter ego, la vida de un oficial de Marina desde la batalla en Okinawa, en plena II Guerra Mundial, hasta casi la actualidad, convertido en eficaz editor entre eróticas historias sentimentales y múltiples personajes y anécdotas. Resulta curioso que sus personajes hablen de literatura. ¿Por qué en las novelas se lee tan poco y en las películas nadie va al cine? Desde Machado y García Lorca, uno de los capítulos se titula *España*, hasta *El amante* (*L' amant*, 1984), de Marguerite Duras, pasando por el cuento *Los asesinos* (*The Killers*, 1927), de Ernest Hemingway y un largo etcétera.

No sé cuantos de los guiones que James Salter escribe, y en la mayoría de los casos cobra, durante años vive de ello, llegan a convertirse en películas. Otro es el de *Threshold* (1981), de Richard Pearce, con Donald Sutherland y Sharon Acker, que nunca he visto. Tiene aire de ciencia-ficción por narrar la historia de un cirujano, inventor del primer corazón mecánico, y no parece tener relación con el resto de su obra. El cariño que despierta en sus memorias quizá nazca de ser su primer guión basado en un argumento propio.

El resto de su actividad cinematográfica no es muy abundante y todavía menos conocida. Colabora en el guión de *Boys* (1996), de Stacy Cochran, protagonizada por Winona Ryder, Lukas Haas y John C. Reilly, basado en su cuento *Veinte minutos* (*Twenty Minutes*); y en el de *Broken English* (1996), de Gregor Nicholas, interpretada por Aleksandra Vujcic y Rade Serbedzija. Parte de su cuento homónimo para el corto de 22 minutos de duración *La última noche* (*Last Night*, 2004), de Sean Mewshaw, del que también escribe el guión, protagonizada por Greg Bratman y Frances McDormand.

En sus peculiares memorias, *Quemar los días*, que subtitula *Reminiscencias*, escribe sobre los orígenes de su familia, sus abuelos, sus padres, su infancia en Nueva York, el funcionamiento de la academia militar de West Point, su interés por la aviación y su entusiasmo por volar, sus peripecias en la Guerra de Corea, sus experiencias cinematográficas y su vida como guionista en Europa. Llama la atención que además de un minucioso índice, que debería ser imprescindible en las autobiografías –muchos editores creen

que si lo incluyen los citados leerán su parte en una librería y no la comprarán, y si no lo incluyen la adquirirán para saber qué dicen de ellos—, al comienzo, en una breve nota, enumera una quincena de nombres de personajes que ha cambiado y los correspondientes capítulos donde aparecen, “para evitar todo posible agravio a personas vivas o muertas”. Su discreción hace que, por ejemplo, sea difícil rastrear a quiénes se ocultan tras las breves referencias cinematográficas, a pesar de ser de lo único que entiendo.

Desconozco el origen de sus relaciones con España, en general, y Barcelona, en concreto, donde debe de haber vivido varios años. En *Años luz*, sin venir a cuento, narra el final del arquitecto catalán Antoni Gaudí atropellado por un tranvía. Alguno de los cuentos de *Anochecer* (*Dusk and Other Stories*, 1988) se desarrolla en Barcelona. Y, lo que me asombra más, en el cuento *El don*, del volumen *La última noche* (*Last Night*, 2005), en la página 80 aparece citado, entre otros que nada tienen que ver con él, el catalán Néstor Almendros, que emigra como su padre a Cuba huyendo de la dictadura del general Franco, y años después vuelve a hacerlo en solitario a París huyendo de la del comandante Castro, y de la mano de los realizadores franceses Eric Rohmer y François Truffaut se convierte en un director de fotografía que llega a ganar un Oscar.

La editorial Salamandra, tras las huellas de *El Aleph*, va a publicar los fascinantes e imprescindibles libros de James Salter. Seguiré leyéndolos con el mismo fervor con que he leído los citados. Es un excelente y personal escritor, que no me explico cómo he tardado tanto en descubrir, ha tenido el raro privilegio de disfrutar de una segunda oportunidad en español, lo que no es habitual, y no debo desaprovecharla.



AUGUSTO M. TORRES ES CINEASTA Y ESCRITOR.